

LA LUCIDEZ DE LAS QUIMERAS

YVES BONNEFOY

Traducción de Aurelio Asiain



Tanto va Breton al porvenir que al fin ese pensamiento, esa presencia se imponen. Y con todo, muy rara vez en su vida el guía espiritual del surrealismo había podido hablar sin suscitar grandes reservas; y pocos de los que le fueron más fieles pudieron seguir siéndolo sin interrupciones. Por mi parte, y me tomo así como ejemplo de algunos jóvenes en 1944, fui ciertamente requerido desde la primera lectura, di de inmediato mi adhesión, vine a París para encontrarme con los surrealistas, conocí a Breton y formé parte de su nuevo grupo —pero bastante pronto juzgué necesario alejarme. No, en cualquier caso, sin conservar toda mi admiración, todo mi respeto a aquél del que iba a separarme. En realidad lamentaba ya lo que mi timidez, o mi orgullo, me impedían creer posible: que, pasada la hora de las reuniones en el café de la Place Blanche, Breton aceptara escuchar, en privado, las dudas, las objeciones, las preguntas, las sugerencias también, que después de todo, si uno lo quería, como era desde luego el caso, tenía el deber de comunicarle.

Pero desde luego hace mucho de esos asentimientos o esos desacuerdos al filo de los días; y hoy, treinta años después de la muerte de Breton, me parece que muchos de aquellos para quienes la palabra poesía conserva un sentido comienzan a sumarse a sus grandes proposiciones con una confianza renovada, y con claramente más interés que por los otros poetas de su época o de la posguerra. Y me da gusto. Pues sean cuales fueren esas reservas que se desea oponerle, es evidente, a mis ojos, que Breton planteó, y de una manera decisiva, las únicas preguntas serias: ¿qué es la realidad, qué debe ser la “vida verdadera”?

Hay que resaltar que la vida, la realidad, sus relaciones, eran singularmente mal comprendidas, y muy maltratadas, cuando Breton comenzó a escribir. No nos demoremos, es demasiado evidente, en la tiranía que habían ejercido los poderes de la época de la guerra sobre los cuerpos y los espíritus, o en el campo de ruinas en que el pretendido humanismo había dejado errar a los supervivientes. Pero comprobemos que ya se había vuelto muy claro que el pensamiento nacido de la cien-

cia, y que sólo conoce la realidad de una manera tan fragmentaria como abstracta, no puede ayudar en nada a comprender su condición a los seres que quieren abarcarla de una sola mirada para descubrir en ella algún sentido. Y muy pronto, y lógicamente, íbamos a ver a un Georges Bataille, consciente del carácter ilusorio de las ideas que nos hacemos del mundo, abrirse una vía entre esos espejismos hasta la materia subyacente para, en la orilla de ese desierto en la noche, respirar esa última bocanada de conciencia de sí propiamente humana que es la percepción del no-sentido, el contacto de ese absoluto. Experiencia “interior” que Bataille en *Documents* ilustró con fotografías que vuelven de golpe totalmente ajenas las cosas, las situaciones más ordinarias, como ese famoso dedo gordo del pie en gran escala, epifanía del reverso del mundo tanto como lo había sido el surgimiento del suelo agrietado en el anteojo de Galileo. La sexualidad misma, de la que la existencia saca su energía, aparecía en ese brusco descentramiento como un aspecto no de la vida sino de la materia, una fuerza condenada a elevarse a través de las existencias para desgarrarlas, destruirlas.

Y cómo no seguir esa mirada desengañada hasta en ese abismo, que es un hecho, pero cómo además no reconocer que esa visión descentrada, que ese pensamiento horrorizado no son sino el vértigo de quien se dejó encerrar en el pensamiento conceptual, cuyas palabras no saben nada de lo que somos —y ¿cómo no volverse entonces hacia André Breton, que en esos mismos años mantenía un discurso completamente distinto? Desde *La confesión desdeñosa*, desde la *Introducción al discurso sobre lo poco de realidad*, Breton anunciaba lisa y llanamente que quería habitar en la realidad más cotidiana, para proseguir ahí una investigación del sentido, del amor, incluso de la dicha, esas aspiraciones que Bataille llamaría el idealismo más ingenuo. Y es porque comprendía que la realidad que importa no es la que descubre, o más bien construye, la investigación científica, como desplome del abismo de la materia, sino la que el deseo elabora: un deseo que no es por lo demás la simple sexualidad, sino la necesi-

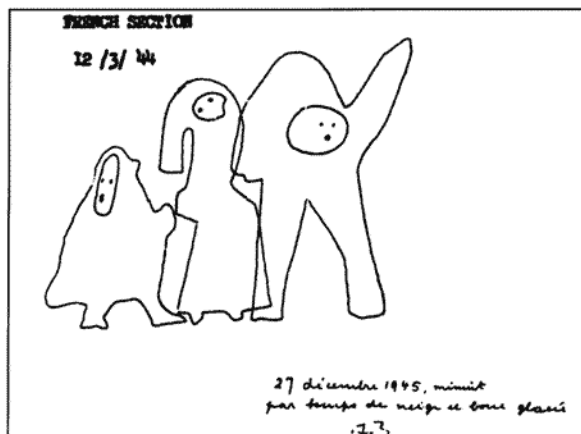
dad también de erigir un lugar, de instituir sentido, de participar de un orden, y se da para ello objetos de una altura, digamos, humana, tan lejos de las larvas en sus marismas, una de las fascinaciones de Bataille, como de las galaxias en el cielo. La realidad, y lo que tiene de diferenciado —nuestro horizonte, nuestros objetos, nuestras presencias de seres— es la creación del deseo, que hay simplemente que desprender de las formas pobres o degradadas con las que lo atesta ese mismo deseo cuando se deja embaucar por sus motivaciones más bajas, la codicia o el miedo. Y el gran pensamiento de Breton y, precisamente, su valor, fue concebir que la verdad, la lucidez, la audacia del espíritu no es transgredir, por un acto del intelecto, significados ciertamente sin fundamento en la noche que está bajo el mundo, sino poner en duda, acusar, maneras de ser, aquellas por las cuales se corre el riesgo de perder la intensidad de que el deseo es capaz, en la que su objeto puede brillar, y a la que tenemos derecho.

Breton, para decirlo de otro modo, supo que hay un mundo; y que importa, y que es posible preservarlo, salvarlo. Y no lo hizo sin caer, pronto, en una contradicción que debilitó gravemente la fuerza de su proyecto, y provocó una buena parte de las reservas a las que ya he aludido —incluyendo lo esencial de las mías. En efecto, para que el deseo continúe creando el mundo, que es una comunidad de hombres y de mujeres, es necesario que sea compartible, con puntos de apoyo en el espacio social o natural que sean reconocibles y practicables por todos; y esa necesidad incita, según la expresión del deseo, a un segundo momento, reflexivo, en que los valores, las necesidades en potencia comunes serán comprendidas de la intrincación de los fantasmas individuales. Ahora bien, Breton no cesó, al contrario, de tener los suyos propios por una autoridad casi oracular, y una realidad casi objetiva, proyectándo-

los —como hace la superstición— en el mundo como existía alrededor de él y de los otros seres; lo que redujo la realidad a su sueño, y lo condenó a él a la soledad.

Ese retraimiento creciente de Breton en un fondo incomunicable de sí estremecía ya cuando uno lo veía en la mesa del café, hablando sin embargo, sin embargo entre amigos; y aparecía de manera casi trágica en las fotografías de sus últimos años; por ejemplo las que Henri Cartier-Bresson publicó hace poco. Pero esa contradicción, tumba del surrealismo, ¿es hoy de veras un gran problema, desde el punto de vista de la poesía? Poco importa su importancia en la existencia de André Breton: no por ello le debemos menos a él, a su intuición simple y fuerte, el saber mejor que la realidad, hija del deseo, no es una suma de objetos, que describir con mayor o menor fineza, sino una comunidad de presencias; no es una red de apariencias, sino un conjunto de seres que, si no fueran sino vanas formas de la ilusión, no por ello tendrían menos valor absoluto, cada uno, y en consecuencia derechos inalienables. Nadie como el autor de *Arcano 17* ha sabido evocar con tanta emoción sincera lo que son, en profundidad, en su origen en el ser, la libertad, la justicia. Y esta observación, para terminar. Ese mismo Breton que pudiéramos creer perdido en las ensoñaciones sin substancia, y evidentemente solitarias, de la *Noche del tomasol*, es también el que fue, en ese periodo de entreguerras en que tantos espíritus se dejaron engañar, bastante lúcido para no dejar de condenar a la vez a los dos grandes totalitarismos. Y no hay que sonreír ante lo que dice en *Nadja* de la psiquiatría de la época, cualquiera que sea la exageración de sus insultos. Gracias a Breton, los surrealistas apenas se equivocaron, política o moralmente. Es quizá una de las razones de su presencia hoy. ■

© LE MONDE



Sin título, 1945